

De la Política a lo Político. Nuevo enfoque para la Historia de la Educación

From Politics to the Political: A New Approach for the History of Education

Juan Manuel Fernández-Soria
Juan.M.Fernandez@uv.es
Universitat de València (Espanya)

Data de recepció de l'original: setembre de 2017

Data d'acceptació: gener de 2018

RESUM

Aquest treball es proposa de mostrar la transcendència que té en la investigació històrica el que és polític, concepte que al·ludeix a la gestió de la realitat, incloent-hi tota l'esfera política, expandint-la més enllà de l'àmbit del que és públic per referir-se també al que és privat. Què s'entén per renovació de la història política és el primer punt que s'aborda. El segon estudia «el que és polític» com a element nuclear de la història política. El tercer examina el poder com a objecte central de la història política en relació indissoluble amb el que és polític. El quart indaga en les relacions de la història política amb la cultura política. Finalment, el cinquè explora alguns dels temes que aborda la història política de l'educació a Espanya.

PARAULES CLAU: història política de l'educació, el que és polític, cultura política, poder, història política de l'educació a Espanya.

ABSTRACT

This work intends to demonstrate the importance of the political –a concept that alludes to managing the real world and includes the entire political sphere– in historical research, moving beyond the public realm into the private sphere. The article firstly looks at what we understand by the renewal of political history. Secondly, it looks into «the political» as a core element in political history. The third point examines power as the main feature of political history, inextricably linked to the political. The fourth point delves into the relations between political history and culture. And finally, the paper explores some of the topics that go to make up the political history of education in Spain.

KEY WORDS: Political history of education, politics, political culture, power, political history of education in Spain.

RESUMEN

Este trabajo se propone mostrar la trascendencia que tiene en la investigación histórica lo político, concepto que alude a la gestión de lo real, incluyendo toda la esfera política, expandiéndola más allá del ámbito de lo público para referirse también al de lo privado. Qué se entiende por renovación de la historia política es el primer punto que se aborda. El segundo estudia «lo político» como elemento nuclear de la historia política. El tercero examina el poder como objeto central de la historia política en relación indisoluble con lo político. El cuarto indaga en las relaciones de la historia política con la cultura política. Finalmente, el quinto explora algunos de los temas que contempla la historia política de la educación en España.

PALABRAS CLAVE: Historia política de la educación, lo político, cultura política, poder, historia política de la educación en España.

I. INTRODUCCIÓN

Hubo un tiempo «ultraliberal» en el que la historiografía hizo de la historia un asunto individual y elitista; existió también un tiempo «ultrasocial», dominado historiográficamente por la Escuela de los Annales, que, reaccionando a la situación anterior, rechazó la política para encumbrar al pueblo, aunque acabó sometiéndolo a otros dioses. Ambos momentos, desde

posiciones ideológicas distintas, prescindieron de lo político al rechazar el origen de la política: lo público, lo concerniente a la ciudad. Este trabajo se propone superar ese antagonismo mostrando la trascendencia que tiene en la investigación histórica lo político, concepto que alude a la gestión de lo real, incluyendo toda la esfera política, expandiéndola más allá del ámbito de lo público para referirse también al de lo privado. Qué se entiende por renovación de la historia política es el primer punto a abordar. El segundo estudia «lo político» como elemento nuclear de la historia política. El tercero examina el poder como objeto central de la historia política en relación indisoluble con lo político. El cuarto indaga en las relaciones de la historia política con la cultura política. Finalmente, el quinto explora algunos de los temas que contempla la historia política de la educación en España.

2. LA HISTORIA POLÍTICA: DEL OSTRACISMO A NUEVO PARADIGMA HISTORIOGRÁFICO

Posiblemente, la historia política haya sido desde antiguo el género historiográfico más destacado, pues no en vano figuraban entre sus objetos de estudio el Estado, la nación, las élites dominantes, los personajes ilustres y las instituciones que los protegían, los hechos del gobernante o del héroe militar, los acontecimientos singulares (batallas, tratados, constituciones...) y, no por casualidad, abordaba destacados temas estrella, como la formación de los Estados nacionales; objetos y temas de estudio que se investigaban con el fin de preservar el «statu quo». Esa historia política, que asigna la causación histórica a «los de arriba», ignoró a la gente común, situada al margen del orden existente, sin atribuirle, por tanto, ninguna participación causal en los fenómenos históricos.

Pero si la historia política en un tiempo gozó de notoriedad, hubo otro en que padeció el ostracismo de los historiadores. La pujanza del obrerismo y del socialismo junto a la adscripción marxista de relevantes historiadores, sobre todo de la Escuela de los Annales, propiciaron una forma nueva de hacer historia, protagonizada por las masas y los olvidados, de la que se excluyó a la historia política, considerada y denunciada como un contraejemplo que reunía todos los defectos frente a los que deseaban definirse las nuevas generaciones de historiadores.¹ En consecuencia, la historia política

¹ RÉMOND, René. «Por que a història política?», *Revista Estudos Históricas*, 71, 13 (1994), p. 13

quedó proscrita, como resume la conocida definición que en 1942 dio G. M. Trevelyan de historia social como historia en la que la política queda fuera («the history of a people with the politics left out».² Jacques Julliard, Directeur d'études en l'École des Hautes Études en Sciences Sociales (EHESS), adjetiva la historia política tradicional de psicológica, elitista, biográfica, cualitativa, particular, narrativa, idealista, parcial, apegada a lo consciente, puntual (ignorante de la larga duración), ingenua..., «en una palabra, pues esta palabra lo resume todo en la jerga de los historiadores, es *acontecimentals*»³ o factual. La historia política tradicional, opuesta a la concepción historiográfica de Annales, quedaba reducida a una historia superficial que sólo refleja la espuma del oleaje que mueven las grandes estructuras, durables y determinantes, la lucha de clases y los procesos económicos, origen de las causas profundas del acontecer histórico.

A pesar de su postergación, la historia política no desapareció de los estudios historiográficos, ni siquiera en los de los fundadores de los Annales, aunque no fuera objeto principal de su atención. Peter Burke, en su crítica al movimiento historiográfico vinculado a aquella revista, no cree que las grandes figuras de Annales ignoraran la política en sus investigaciones, aunque sí es cierto que esta es más visible en quienes integraron la tercera generación: Duby, Le Goff, Furet, Vovelle, Ferro y, sobre todo, Agulhon, quien estudió la conducta política de las gentes, especialmente el crecimiento de su conciencia política. Cree el historiador británico que «el retorno al tema político producido en la tercera generación es una reacción contra Braudel y también contra otras formas de determinismo (especialmente el “economicismo” marxista)».⁴ Por su parte, Daniel Roche, historiador de la tercera generación de *Annales*, alumno de Labrousse y profesor del Collège de France, confirma la presencia de la historia política en los «annalistas»: «siempre se hace mucho teatro» –afirma– cuando se dice que la Escuela de los Annales no hacía historia política; Braudel se preocupaba de contar con personas que la practicaran, y Marc Bloch escribía historia política sobre la que, además, impartía cursos; incluso declara que en

² TREVELYAN, George Macaulay. *English Social History: A Survey of Six Centuries, Chaucer to Queen Victoria*. London: Longman Group, 1978, p. 1.

³ JULLIARD, Jacques. «La Política», LE GOFF, Jacques; NORA, Pierre. *Hacer la Historia. Tomo II. Nuevos enfoques*. Barcelona: Laia, 1985 (2ª edición), p. 237.

⁴ BURKE, Peter. *La revolución historiográfica francesa. La Escuela de los Annales (1929-1989)*. Barcelona: Gedisa, 1996, p. 89. Distingue tres corrientes de reacción contra el modo cuantitativo de abordar la historia, emergentes a partir de finales de los 70: un giro antropológico, un retorno al tema político y un renacimiento de la forma narrativa (p. 81).

l'École des Hautes Études y en las Universidades «existen personas intentando escribir otra historia política», aunque a menudo también se haga con criterios tradicionales: «Así, digo con confianza, que la historia política nunca ha desaparecido de Francia». De lo cual se felicita Daniel Roche pensando en su necesidad para la adecuada formación de los alumnos.⁵

Así, a pesar del rechazo de la historia política tradicional, el estudio de la política —como el de la economía, la antropología o el de las mentalidades— siempre fue clave para comprender la sociedad y lo que en ella acontecía. Incluso, cuando la historia social la superó y, cuando más tarde, la historia cultural destacó sobre la social, la política ocupó un lugar central en las investigaciones historiográficas. No obstante, apenas si hay alusiones a la historia política hasta mediados de los 80,⁶ cuando René Rémond, miembro de la Academia Francesa, importante politólogo e historiador, dirige el libro *Pour une histoire politique*⁷ con la voluntad de cambiar la historia surgida de la Escuela de los Annales. A partir de entonces se suceden los coloquios y encuentros, se publican revistas sobre esta temática y numerosos historiadores cultivan este renovado género historiográfico. La historia política ha vuelto vigorosa, aunque asentada sobre otros fundamentos. Pero ¿Qué provoca esa renovación?, ¿Qué caracteriza ese nuevo paradigma que orienta la nueva historia política?

Numerosos factores ayudan a explicar el retorno de la historia política renovada. Quizá el más visible sea la politización social, las muchas situaciones —como el ecologismo— que, a diferencia de otros tiempos, hoy tienen una fuerte connotación política, posiblemente porque afectan más que antes a la vida de la gente. Hay quien habla de «hiperpolitización de las relaciones sociales» aludiendo a las actuales formas de control, a la «medicalización del cuerpo» por medio de diferentes estrategias del poder-saber disciplinario, a la «vigilancia-seguridad instaladas en lo privado-personal», que llevan a considerar «la vida como territorio político» («biopolítica»)⁸. No menos importante en

⁵ De la entrevista a Daniel Roche, en GARCÍA PALLARES-BURKE, María Lúcia. *La nueva historia. Nueve entrevistas*. Valencia-Granada: Universitat de València, Universidad de Granada, 2005, p. 148.

⁶ De hecho, en la obra dirigida en 1978 por Jacques LE GOFF, Roger CHARTIER y Jacques REVEL —*La Nouvelle histoire* (París: Ed. P. Retz)— no hay ningún artículo dedicado al término «Política», aunque André BURGUIÈRE hace algunas novedosas alusiones a ella en su artículo «La antropología histórica» (*La nueva historia*. Bilbao: Edic. Mensajero, s.f. [1988], p. 61).

⁷ RÉMOND, René (dir.). *Pour une histoire politique*. París: Le Seuil, 1983 (Utilizamos la edición de 1996).

⁸ EMA LÓPEZ, JOSÉ ENRIQUE. «Lo político, la política y el acontecimiento», *Foro Interno. Anuario de Teoría Política*, 7 (2007), p. 53-54.

la transformación de la historia política, es la democratización social, hasta el punto de que se ha querido ver en ella el punto de inflexión en la nueva concepción de la historia política. A partir de la década de los 70, nuevas voces reivindican más protagonismo social, mayor participación política, y nuevas formas de hacerla. El Estado ya no es el único actor de la historia, aunque no sea posible ignorarlo en el relato histórico; junto a él, o enfrentándolo, surgen otros actores políticos sub o supraestatales, grupos de presión reconocidos por el Estado, etc.; pero también emerge con fuerza el individuo, la gente anónima, el pueblo, como actor de la historia, protagonizando, primero, la historia social, y luego, la historia política. Nuevos sujetos –individuales y colectivos– que han propuesto una noción de sujeto político distinta a la tradicionalmente hegemónica. Manifestaciones sociales, culturales, de género, privadas, son ahora examinadas por la historia política aunque «sin perder de vista el poder de la política para moldear la sociedad».⁹ Por otra parte, el auge de la historia política tampoco es ajeno a los muchos debates que se producen en nuestros días sobre temas fundamentales que le afectan de lleno, como los conceptos de nación, de soberanía, de democracia, de representación, de ciudadanía, de izquierda y derecha, interrogantes que afectan incluso al mismo concepto de política, afectada por la desafección y por la presión de formas nuevas de participar en ella.

No tuvo una importancia menor en el auge de la historia política su liberación de los paradigmas historiográficos en los que dominaban las estructuras económicas y sociales. Esta emancipación partió de una convicción y de varias evidencias. Por una parte, provino del convencimiento de que el optimismo cientificista –ese que la Escuela de los Annales persiguió pretendiendo asentar la historia en el ámbito de las ciencias sociales y no en el de las humanidades con el objetivo de que la historia se construyera de manera científica– ha sido revisado y, en muchos aspectos, superado. Una de esas rectificaciones fundamentales afecta a la importancia de la acción humana, movida menos por fenómenos económicos o sociales que políticos; los procesos de toma de decisiones –afirma René Rémond– se rigen ante todo por razones políticas, exigiendo lo político –y, por ello, la historia política– no independencia absoluta, sino «ser tratado, estudiado, de forma separada» y no como prolongación de la composición social o de

⁹ FIELDING, Steven. «Political history», Institute of Historical Research. *Making History. The Changing face of the professions in Britain*. Recuperado de http://www.history.ac.uk/makinghistory/resources/articles/political_history.html#resources [Consultado el 28 de Agosto de 2017].

los fenómenos económicos.¹⁰ De hecho –afirma Jacques Julliard– existen problemas políticos que se resisten a las modificaciones de la infraestructura». Esto convierte a lo político en un factor de causalidad histórica superando su consideración de mero reflejo de las fuerzas económicas y sociales.¹¹ Por otra parte, la liberación de la historia política procedió de la evidencia de que la historia política integra las condiciones cuya carencia, en opinión de los historiadores influidos por el marxismo y la sociología de Durkheim, la hacían merecedora de desprecio, entre ellas la larga duración y la importancia del acontecimiento como productor de estructura. Los temas y enfoques de la historia política permiten la larga duración, como se advierte en el estudio de las instituciones, esencialmente perdurables, o en el análisis de los cambios y permanencias en asuntos tan fundamentales como los sistemas políticos, el Estado, la construcción de las identidades políticas, los movimientos sociales, las creencias religiosas, el estudio de las mentalidades políticas y de las representaciones, el examen de las culturas políticas que diferencian a los pueblos (normas, convicciones, ideas, pasiones, creencias, aspiraciones, valores compartidos...), etc. Le Goff entrevistó una historia política que opera en los distintos tiempos braudelianos: el plazo breve, en el que se desarrolla la historia episódica, el plazo más largo, donde se desenvuelve una historia política de corte sociológico, y una historia política de estructuras, de largo plazo, «casi inmóvil si no estuviera vinculada (...) con la estructura esencialmente conflictiva y, por lo tanto, dinámica de las sociedades».¹² Pero la historia política no se mueve solo en la larga duración de la regularidad y la causalidad, sino que también estudia el acontecimiento que «introduce lo imprevisible», lo contingente, algo singular que escapa a las leyes históricas; pero «como parte de un discurso, de una representación individual o colectiva», por la forma en que fue vivido por una generación «y pasó en forma de memoria colectiva a las posteriores», porque se ancla en el «imaginario social», el acontecimiento forma parte del tiempo largo y tiene carácter permanente.¹³ No en vano afirmaba Rémond que el acontecimiento es creador de mentalidades –que son lo subterráneo de la estructura real y de la larga duración– y crisol donde

¹⁰ RÉMOND, René. «Por que a història política?». *Op. cit.*, p. 16.

¹¹ JULLIARD, Jacques. *Op. cit.*, p. 241.

¹² LE GOFF, Jacques. «¿Es la política todavía el esqueleto de la historia?», *Lo maravilloso y lo cotidiano en el Occidente medieval*. Barcelona: Gedisa, 1996, p. 176-177.

¹³ PINA, M^a Cruz. «En torno a la nueva historia política francesa», *Historia contemporánea*, 9 (1993), p. 65 y 69.

se fragua lo imaginario. El acontecimiento, particularmente bajo su forma política, no tiene por qué considerarse solo como un simple producto de la estructura, sino que a la vez él puede producir estructura; «el acontecimiento-estalactita es también el acontecimiento-matriz» que «puede estar en el origen de una cadena posterior».¹⁴ La historia política no es la historia de lo fugaz y transitorio; aunque un acontecimiento «pueda suceder en un ritmo rápido, no por ello deja de tener un gran significado histórico», perdurable durante décadas.¹⁵

Así, pues, la historia política puede ocuparse tanto de la historia de siglos pasados, como de los acontecimientos ocurridos en nuestra inmediatez, es decir, no es contradictoria con la historia del tiempo presente, antes al contrario, existen «relaciones estrechas y antiguas entre estas dos historias», como reconoce Jean François Sirinelli, director del Centre d'Histoire de Sciences Po.¹⁶ Y esto es importante para la historia política. Aunque no está bien definido el concepto de historia del tiempo presente, es útil la tentativa que hace Bédarida para quien –en cita del historiador belga Pierre Sauvage– esa historia está delimitada «con dos balizas móviles: río arriba, la duración de una vida humana (la de los testigos), río abajo, una frontera difícil de situar entre el momento presente (la actualidad, la cara de la historia) y el instante pasado». Esto enriquece temática y metodológicamente a la historia política que puede estudiar asuntos nuevos (y tan rutilantes como la memoria), utilizar también las nuevas fuentes (orales, iconográficas, etc.), emplear enfoques comparativos y pluridisciplinarios con otras ciencias sociales, «reintroducir la larga duración en el tiempo presente», y «descubrir las relaciones complejas entre rupturas y continuidades».¹⁷

Todo lo dicho hasta aquí otorga una considerable fuerza a la política, lo que equivale a restársela a otros factores que, como los económicos, sustentaban la interpretación marxista de la historia; pero restar no quiere decir imponerse sobre ellos, salvedad que apunta al carácter pluridisciplinar de la historia política. El mismo Pascal Balmand señala otra razón de su resurgimiento: el

¹⁴ JULLIARD, Jacques. *Op. cit.*, p. 248-249. Idea que también se encuentra en BALMAND, Pascal. «La renovación de la historia política», BURDÉ, Guy; MARTIN, Hervé. *Las Escuelas históricas*. Madrid: Akal, 1992, p. 263.

¹⁵ AYALA, César Augusto. «Historiografías del siglo XX y el Retorno de la Historia Política», *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, 28 (2001), p. 180-181.

¹⁶ SIRINELLI, Jean-François. «El retorno de lo político», *Historia Contemporánea*, 9 (1993), p. 26 y 33.

¹⁷ SAUVAGE, Pierre. «Una historia del tiempo presente», *Historia crítica*, 17 (1998), p. 61 y 74.

paso semántico de «la política», actividad y concepto bien definidos, hacia «el hecho político», «campo englobador y polimorfo, abierto a todas las orillas de la gestión de lo real y de las relaciones de poder que aquella cristaliza».¹⁸ Aunque se volverá más adelante sobre el concepto de «lo político», es preciso subrayar desde ahora que esa noción amplía la esfera política a la casi totalidad de los campos de la realidad colectiva, determinando el carácter expansivo de la política y advirtiendo de su necesario carácter de ciencia ampliamente pluridisciplinar.

En efecto. En el nuevo paradigma que guía la historia política renovada, influye notablemente una concepción expansiva de la política. Esta pierde la dimensión restrictiva de antes, referida tanto al protagonismo de los sujetos como al objeto de su dedicación. Ya no son solo los «grandes hombres» quienes protagonizan la política y, consiguientemente, su historia, sino también la gente común. Y el blanco de su preocupación ya no se limita a narrar los acontecimientos debidos a aquellos ilustres protagonistas, o a contar, sin más objetivo que ese, la historia de las batallas o la vida de los reyes. Ahora se fija en las luchas por el poder —aspecto este sobre el que volveremos luego—, pero no referido solo al del monarca, sino también, en expresión de Gramsci, que recuerda Julliard,¹⁹ al poder residenciado en un «príncipe colectivo», ya sean la élites, los partidos políticos, los sindicatos, los grupos de presión, la fábrica, la calle, la escuela, la familia, o la misma administración. De este modo, la historia política no se cierra a ningún aspecto de la vida, invadiéndolo casi todo, con el riesgo de que así, la historia política se convierta en un cajón de sastre. A pesar de peligros y recelos, los historiadores han tomado conciencia de que sin la política no es posible la comprensión de la historia, emergiendo como elemento central de la investigación histórica y erigiéndose en «su núcleo», en expresión de Le Goff.²⁰ Por eso la historia política vertebró importantes investigaciones, como las de Maurice Agulhon para quien —como él mismo reconoció— la política o, mejor, «lo político», «estaba excepcionalmente presente en todos los medios —social, cultural, familiar— que estudió», «actuando como espina dorsal» de los terrenos disciplinares —social, de la cultura y de la política— de que se sirve.²¹ Para Agulhon no es posible

¹⁸ BALMAND, Pascal. «La renovación de la historia política», *Op. cit.*, p. 257.

¹⁹ JULLIARD, Jacques. *Op. cit.*, p. 243.

²⁰ LE GOFF, Jacques. «¿Es la política todavía el esqueleto de la historia?», *Op.cit.*, p. 178.

²¹ CANAL, Jordi. «Maurice Agulhon y la Historia», AGULHON, Maurice. *Política. Imágenes, sociabilidades. De 1789 a 1989*. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza, 2016, p. 16.

disociar historia y política; al contrario, están íntimamente relacionadas: «La historia está llena de la política de ayer y la política de hoy irá en la historia de mañana».²²

Su interés por lo que afecta a la gestión de lo real, potencial campo de actuación de la historia política renovada, le exige renunciar a toda pretensión de autonomía y de ser la única alternativa, y aceptar su carácter de ciencia interdisciplinar. Su ámbito de estudio se ha expandido en todas las direcciones, relacionándose estrechamente con otras historias sectoriales, la intelectual y cultural, la lingüística, la educativa, de las mentalidades, de las ideas y de la cultura política, la ciencia política y la filosofía política, la económica y social, etc. Sobre esta última, Patrick Collinson, parafraseando la definición de Trevelyan, más arriba transcrita, caracteriza la renovada historia política como «social history with the politics put back in», «historia social con la política restituida».²³ Todo un multiverso focal y temático que exige también una aproximación diversa a la investigación de lo político, un análisis poliédrico desde el punto de vista disciplinar.

En definitiva, la historia política renovada se presenta con algunas señas de identidad aunadas o enfrentadas: interdisciplinaridad, apertura a la larga duración, atenta a la dialéctica de la continuidad y el cambio, regularidad y contingencia, acontecimiento y estructura, sujeto individual y colectivo, humanización de la historia frente al determinismo de las fuerzas impersonales, uniformidad y singularidad, libertad frente a necesidad y determinación, etc. Con este perfil, la historia política tiene la clara finalidad de estudiar, para comprenderla, la historia del ser humano en la acción pública, cómo han organizado su vida y cómo se han relacionado con otros seres y grupos humanos, lo que es tanto como estudiar la organización y el funcionamiento del poder. Y en esa comprensión la historia política tiene también fines de reconstrucción y de reparación. Ronald Hutton, de la Universidad de Bristol, cree que la historia política «más que cualquier otro tipo de historia, implica la destrucción de mitos a menudo cuidadosamente concebidos y propagados.

²² AGULHON, Maurice. «Conflictos y contradicciones en la Francia de hoy», AGULHON, Maurice. *Política. Imágenes, sociabilidades. Op. cit.*, p. 232.

²³ COLLINSON, Patrick. *De Republica Anglorum: Or, History with the politics put back* (Inaugural Lecture as Regius Professor of History in de the University of Cambridge, 9 November 1989), *Elizabethan Essays*. London and Rio Grande: The Hambledon Press, 1994, p. 11.

Ninguna otra forma de hacer historia proporciona al historiador la permanente y extraordinaria responsabilidad de hacer justicia a los muertos».²⁴

3. HISTORIA DE «LO POLÍTICO»

Que los partidarios de la historia política renovada prefieran hablar de «lo político» más que de la política, demuestra el acuerdo casi unánime en considerar el «hecho político» como clave en esa renovación, que hace de lo político, y no de la política, el objeto de estudio de esta historia sectorial. Lo político tiene un interés teórico e histórico superior a la política, sin duda por su potencialidad temática, abierta, como se decía más arriba en palabras de Balmand, a «todas las orillas de la gestión de lo real y de las relaciones de poder que aquélla cristaliza», y por ser concebido como «un crisol en cuyo seno se forjan los imaginarios».²⁵ Esta significativa ampliación del significado de lo político es lo que convierte a la historia política en una ciencia donde se cruzan otras ciencias, fuentes, procedimientos y temáticas.

Pero, ¿qué es «lo político»? Ha sido Pierre Rosanvallon, profesor de historia y política en el Collège de France y Directeur d'Études en la EHESS, quien más y fructífera atención ha prestado a este concepto. Entiende lo político, por una parte, como el «campo», el lugar donde se entrelazan las vidas de hombres y mujeres en la construcción de una sociedad «que aparece ante los ojos de sus miembros formando una totalidad provista de sentido»; y, por otra parte, como el «trabajo», el proceso a través del cual un agrupamiento humano se convierte en una verdadera comunidad; «una comunidad de una especie constituida por el proceso siempre conflictivo de elaboración de las reglas explícitas o implícitas de lo participable y compartible y que dan forma a la vida de la polis». La comprensión de una sociedad no se limita a lo económico, lo social o lo cultural, sino que todo eso solo puede ser entendido relacionándolo en un «marco interpretativo más amplio» –lo político– que permite un análisis «globalizante». Lo político se refiere también a una forma de existencia de vida comunitaria, y a una manera de actuar colectivamente que se diferencia «implícitamente de la política»; esta, la política, alude a

²⁴ BURK, Kathleen. What is Political History? *History today*, 35/1 (enero de 1985). Disponible en <http://www.historytoday.com/kathleen-burk/what-political-history> [consultado el 28 de agosto de 2017].

²⁵ PROCHASSON, Christophe. «Vingt ans d'Histoire politique en France», BARROS, Carlos (Ed.). *Historia a debate. Tomo III: Otros enfoques*. Santiago de Compostela: Edita Historia a Debate, 1995, p. 212.

la capacidad y competencia para ejercer el poder, mientras que lo político señala aquello que constituye una comunidad: «Referirse a lo político y no a la política es hablar de poder y de ley, del Estado, de la nación, de la igualdad y de la justicia, de la identidad y de la diferencia, de la ciudadanía y de la civilidad, en suma, de todo aquello que constituye a la polis más allá del campo inmediato de la competencia partidaria por el ejercicio del poder y de la acción gubernativa del día a día y de la vida ordinaria de las instituciones».²⁶

La política —que se refiere al Estado, a las instituciones, actos de gobierno, normas y leyes que ordenan una sociedad, las elecciones, los partidos políticos, etc.— es más restrictiva que lo político, que trasciende lo puramente institucional para abarcar también los principios (creencias, valores, representaciones...) y los procedimientos en base a los cuales los grupos humanos fundan su vida en comunidad, algo no exento de conflictos a la hora de elaborar las reglas que los constituirán en comunidad verdadera. Ese acto constitutivo mostrará tensiones y diferencias en el seno de esos grupos, consecuencia del reparto del poder y de la asignación de autoridad que ese proceso conlleva. El conflicto es la característica fundamental de lo político, lo que otorga al concepto una considerable amplitud temática y un enorme vivero de fuentes historiográficas.

La filósofa y politóloga, Chantal Mouffe, en su crítica al actual *Zeitgeist* «pospolítico»,²⁷ distingue también entre la política y lo político. La política se pregunta por los hechos: prácticas, política convencional (se refiere al ámbito de lo empírico), y de ello se encarga la ciencia política, mientras que lo político pertenece al ámbito de la filosofía interesándose no por los hechos de la política sino por la esencia de lo político, por el modo mismo en que se instituye la sociedad. Pero Mouffe advierte que hay desacuerdo respecto a lo que constituye lo político. Para unos, dice, es un espacio de libertad y de deliberación pública, para otros —entre los que se cuenta la politóloga belga— es un espacio de poder, conflicto y antagonismo: «concibo “lo político” como la dimensión de antagonismo que considero constitutiva de las sociedades humanas, mientras que entiendo a “la política” como el conjunto de prácticas e instituciones a través de las cuales se crea un determinado orden, organizando

²⁶ ROSANVALLON, Pierre. *Por una historia conceptual de lo político*. Buenos Aires: FCE, 2003, p. 19-20; los anteriores entrecomillados en las p. 15-17.

²⁷ Que cree que, en esta segunda modernidad, los individuos y el «mundo libre», gracias al debilitamiento de las identidades colectivas, conocerán un mundo sin enemigos, logrando el consenso a través del diálogo.

la coexistencia humana en el contexto de la conflictividad derivada de lo político».²⁸ Las cuestiones políticas no son meras cuestiones técnicas, sino que siempre implican optar entre alternativas en conflicto. «Todo orden es político y está basado en alguna forma de exclusión» de otras prácticas que han sido reprimidas y que pueden reactivarse en un momento dado desafiando al orden hegemónico para instaurar otra forma de hegemonía.²⁹ Parecida línea argumental sigue José Enrique Ema para quien la política y lo político están representadas, respectivamente, por la lógica del orden, necesario para regular la sociedad por medio de prácticas de pacificación del conflicto social, y por la lógica de la imposibilidad de culminar la regulación del conflicto consustancial a toda sociedad. La lógica de la política delimita un conjunto de prácticas, mientras que la lógica de lo político muestra «la inerradicabilidad de la contingencia, el poder y conflicto y, por tanto, la imposibilidad de una sociedad plenamente reconciliada». La política necesita de lo político –y no al contrario– puesto que la regulación del orden precisa de un desorden que ordenar, de un antagonismo que gobernar. Importa resaltar con Ema López que lo político «en tanto que relacionado con la subversión y la producción de cualquier orden social no puede ser localizado en un único nivel determinado de las relaciones sociales (por ejemplo, solo en la esfera pública) ya que la producción o subversión de cualquier presencia se puede producir en cualquier tipo de relación social». Lo político alude, pues, a todas las prácticas sometidas a controversia y a antagonismo, es decir, lo político está íntimamente relacionado con el poder.³⁰ Lo político, que también engloba la política, alude, en efecto, a una realidad mucho más compleja; Réal Bélanger, citando a Sirinelli dice que se trata «de la cuestión de la devolución y del reparto de la autoridad y del poder en el seno de un grupo humano dado y el estudio de las tensiones, antagonismos y conflictos que se derivan».³¹

De ahí que el objetivo de la historia de lo político pretenda hacer inteligibles las grandes cuestiones políticas contemporáneas, la mayoría de ellas desarrolladas conflictivamente, rehaciendo su genealogía: «Se trata –dice Rosanvallón– de reconstruir la manera como los individuos y los grupos han elaborado su comprensión de las situaciones, de enfrentar los rechazos y las

²⁸ MOUFFE, Chantal. *En torno a lo político*. Buenos Aires: FCE, 2007, p. 15-16.

²⁹ *Ibidem*, p. 25.

³⁰ EMA, José Enrique. *Op. cit.*, p. 57-59.

³¹ BÉLANGER, Réal. «Pour un retour à l'histoire politique», *Revue d'histoire de l'Amérique française*, 512 (1997), p. 226.

adhesiones a partir de los cuales han formulado sus objetivos, de volver a trazar de algún modo la manera como su visión del mundo ha acotado y organizado el campo de sus acciones. El objeto de esta historia (...) es seguir el hilo de las experiencias y de los tanteos, de los conflictos y las controversias, a través de los cuales la *polis* ha buscado encontrar su forma legítima».³²

Rosanvallon plantea su historia conceptual de lo político como la indagación en los intentos de una sociedad, un país, un grupo social, por dar respuestas a lo que perciben como un problema, y como la elaboración de «la historia del trabajo efectuado por la interacción permanente entre la realidad y su representación, definiendo campos históricos problemáticos». Esta historia quiere identificar los «nudos históricos» en torno a los cuales se hacen inteligibles las situaciones, se construyen racionalidades políticas y se modifican las representaciones de lo político. Así, grandes cuestiones políticas de la contemporaneidad giran alrededor de conceptos como la igualdad, la soberanía, el pueblo, la representación y, especialmente, la democracia. Rosanvallon habla de «historia conceptual» porque esas situaciones de conflicto se generan en torno a conceptos como los mencionados,³³ los cuales el historiador francés no plantea como soluciones sino como problemas examinados siempre «con una perspectiva central, la de la interrogación sobre el sentido de la modernidad política –ligada al surgimiento del individuo– su advenimiento y su desarrollo». Rosanvallon indaga en la problemática de conceptos como el de democracia, pues los conceptos, que no significan siempre lo mismo, que están inacabados, son temporales y modificables: los conceptos –añade Daniela Slipak– que son problemas a discutir, «no solo *tienen* una historia, sino que, principalmente, *son* una historia. La temporalidad se convierte así en un elemento constitutivo de los lenguajes políticos (...). Es por ello que desde la perspectiva de Rosanvallon será menester atender a las antinomias, equívocos, perplejidades, límites, decepciones y desarraigos que los lenguajes políticos suscitan de manera necesaria».³⁴ Así, el concepto de democracia –al que Rosanvallon dedica importantes estudios– no es algo constituido de manera definitiva, ni históricamente³⁵ ni en la actualidad,

³² ROSANVALLON, Pierre. *Por una historia conceptual de lo político*. *Op. cit.*, p. 26.

³³ ROSANVALLON, Pierre. «Por une histoire conceptuelle du politique (note de travail)», *Revue de synthèse*, tve s. n.ºs. 1-2 (1986), p. 99-100.

³⁴ SLIPAK, Daniela. «Entre aporías y prescripciones. Una reflexión sobre la historia conceptual de lo político propuesta por Pierre Rosanvallon», *Foro Interno. Anuario de Teoría Política*, 12 (2012), p. 67.

³⁵ «Es preciso, también, hacer la historia de las palabras y estudiar la evolución de la lengua (por

sometida como está a tensiones presentes en los estudios de Rosanvallon, de lo que es un ejemplo la representatividad del sufragio.

Lógicamente, la historia de lo político así enfocada se distingue por su propio objeto de la historia de la política, aunque la primera comprenda la segunda. Ley, Estado, nación, igualdad, justicia, identidad, ciudadanía, civilidad, democracia..., son temas complejos en permanente conflicto y negociación que han adquirido un excepcional resurgimiento y que la historia de lo político, que es la historia del poder, estudia.

4. LA HISTORIA DE LO POLÍTICO ES LA HISTORIA DEL PODER

Decía antes que la historia política estudia las formas en que los seres humanos se organizan, se relacionan y manejan sus asuntos en la vida pública, modos de proceder esos que acontecen en conflicto permanente, cuyo desarrollo y éxito o fracaso final implican relaciones de poder. El poder, su naturaleza, comprensión, explicación y reparto, es el fin central de la historia política renovada; pero, con arreglo a la influencia que en esta historia sectorial ejerció el pensamiento foucaultiano, el poder se ha descentralizado expandiéndose a las relaciones de fuerza, afecto, sexo, emociones, etc. El poder ya no reside solo en el Estado y en los personajes insignes, ni se ejerce solo en la esfera pública. La descentralización del poder, trasciende en su enfoque y temas de investigación tanto al sujeto colectivo —ya sea de carácter «moral» y tradicionalmente político (el Estado-nación y el pueblo), ya sea «sociológico» (grupos y clases sociales), considerados en diferentes momentos de la historia como sus actores últimos³⁶ como al sujeto individual prominente (grandes personajes de la política, la milicia o la élite social), para acoger también, de forma sugerente y enriquecedora, el protagonismo del hombre de carne y hueso, del sujeto anónimo, singular o colectivo, que recupera así la libertad que perdió a manos de las estructuras a las quedó sometido durante décadas,³⁷

ejemplo, cuando se habla de democracia no se entiende lo mismo en 1789 que en 1793)». ROSANVALLON, Pierre. «Por une histoire conceptuelle du politique (note de travail)». Op. cit., p. 101.

³⁶ Sobre los actores de la historia política véase GUERRA, François-Xavier. «El renacer de la historia política: razones y propuestas», *New History, Nouvelle Histoire: Hacia una Nueva Historia*. Madrid: Editorial Actas, 1993, p. 229-238.

³⁷ LE GOFF, Jacques, aludía a la «vuelta del individuo quien emerge no sólo frente a las estructuras y a los modelos abstractos sino también frente a los personajes colectivos de la historia social, grupos, categorías, clases, masas, etc.». Vid. «Les Retours dans l'historiographie française actuelle», BARROS, Carlos (Ed.). *Historia a debate. Tomo III. Otros enfoques*. Op. cit., p. 163.

y despliega su voluntad de actuar conscientemente allí donde se decide su destino.³⁸

Advirtió Jacques Julliard que no habría novedad alguna en que la historia política se ocupara de las relaciones de poder si por este se entiende la acción del Estado, que tradicionalmente ha sido estudiada; sí sería noticioso si se tiene una noción más amplia de poder, en la que el Estado no fuera «más que un caso particular, incluso un caso límite», porque la acción política puede acontecer fuera del Estado, incluso frente al Estado, donde ya no reside en exclusiva la soberanía –que a veces le es discutida, así como su representación de la sociedad–, y porque el poder político está también relacionado con las clases sociales adquiriendo una naturaleza que supera su antigua vinculación a la soberanía para abarcar también lo social. El poder es asimismo, efectivamente, un asunto social³⁹ que involucra a toda la sociedad, que afecta a los sujetos particulares y colectivos, en cuya generación, instauración, imposición, transmisión, participación y reparto, intervienen las instituciones, públicas y privadas, las masas y los individuos, ya sean sobresalientes o anónimos, y ya sea de una manera consciente o inconsciente, objetivada, pensada⁴⁰ o percibida. La noción del poder se expande paralelamente al concepto de lo político, que carece de fronteras fijas extendiéndose hasta incluir la realidad completa y absorber toda la esfera política, ampliada incluso a lo privado.⁴¹ El poder no es algo intrínseco al Estado y a la clase dominante –en opinión de Foucault–, sino una estrategia de «normalización», de servidumbre. La represión y la ideología son estrategias extremas del poder que transforman a los individuos «normalizándolos» –controlándolos, sometiéndolos a la norma para lograr docilidad– y produciendo lo real. La norma –el derecho– y lo real –la verdad– han sido producidas por el poder y a él están sometidas,⁴² siendo utilizadas incluso como instrumentos de dominación.

³⁸ JULLIARD, Jacques. (*Op. cit.*, p. 243) se pregunta si no es ésta una de las razones que explican el retorno de «lo político».

³⁹ JULLIARD, Jacques. *Op. cit.*, p. 252-253.

⁴⁰ Maurice DUVERGER sostiene que lo que los hombres piensan sobre el poder se convierte en uno de sus fundamentos (*Instituciones políticas y derecho constitucional*. Barcelona: Ariel, 1962, p. 17).

⁴¹ RÉMOND, René. «Du politique», RÉMOND, René (dir.). *Pour une histoire politique*. *Op. cit.*, p. 380.

⁴² Véase ÁVILA-FUENMAYOR, Francisco. «El concepto de poder en Michael Foucault», *A parte Rei. Revista de Filosofía*, 53 (2007), p. 9-10 y 13-14. Recuperado de <http://serbal.pntic.mec.es/~cmunoz11/avila53.pdf> [consultado el 24 de agosto de 2017].

Para otros⁴³ el Estado es algo «construido social y culturalmente», un «espacio negociado en el cual el poder viene de abajo y constantemente se vuelve a describir y renegociar». Por lo tanto, la historia política renovada indagará en la relación constante que se produce entre Estado y sociedad en permanente conflicto interactivo donde se manifiestan estrategias y retóricas de los individuos y los grupos para resistir el poder del Estado o para aprovecharse de él. Esta relación concede un protagonismo hasta entonces desconocido a los actores sociales que participan activamente en la negociación del poder estatal, hasta el extremo de enfrentarse al Estado cuando este actúa mediatizado por otros poderes, o cuando no hace buen uso del poder que los individuos poseen y que le ceden o enajenan para constituir una soberanía política.⁴⁴ Esta sería para Francisco Ávila la forma jurídica de analizar el poder «como derecho originario que se cede»; pero cuando los términos del contrato se superan, el poder se muestra como dominación apoyada en las muchas formas y mecanismos conocidos de represión que generan la «sociedad de normalización» o «sociedad disciplinaria» de Foucault (que opera mediante grandes centros de encierro: familia, escuela, cuartel, fábrica, hospital, cárcel), y la «sociedad de control» de Gilles Deleuze, donde el control «se ejerce fluidamente en espacios abiertos, en forma desterritorializada».⁴⁵

El poder se descentraliza también espacialmente; ya no se ejerce solo en la esfera pública, sino también en la privada. La sociedad disciplinaria actúa en la escuela, como mostró Foucault en *Vigilar y castigar*, espacio público que –como la fábrica o la cárcel– utiliza procedimientos específicos de gobierno de los individuos. Pero el poder actúa también en la esfera privada como mostró Norbert Elías en su clásico libro *El proceso de civilización*, en el que examina cómo a través de las reglas de urbanidad y los modos de distinción social,

⁴³ PINCUS, Steven; NOVAK, William. «Political History Today. Political History after the Cultural Turn», *Perspectives on History. The Newsmagazine of the American Historical Association* (Mayo 2011). Recuperado de <https://www.historians.org/publications-and-directories/perspectives-on-history/may-2011/political-history-today/political-history-after-the-cultural-turn> [consultado el 28 de agosto de 2017].

⁴⁴ ÁVILA-FUENMAYOR, FRANCISCO. *Op. cit.*, p. 3.

⁴⁵ En la Sociedad de control este «se ejerce fluidamente en espacios abiertos, en forma desterritorializada, mediante los psico-fármacos, el consumo televisivo, el marketing, el endeudamiento privado, el consumo, entre otras modalidades (...) Las fábricas son reemplazadas por las empresas, que son formaciones dúctiles y cambiantes, las máquinas simples por sistemas computarizados de producción y control. La individualidad es sustituida por “divuales” externos, informatizados e informatizables, que se desplazan en un espacio virtual». DELEUZE, Gilles. «Post-scriptum sobre las sociedades de control», *Polis. Revista Latinoamericana*, 13 (2006). Recuperado de <http://polis.revues.org/5509#text> (consultado el 28 de agosto de 2017).

los individuos interiorizan códigos de comportamiento propios de la nobleza cortesana. Las buenas costumbres (cortesía, civilidad, civilización) –monopolio de las gentes aristocráticas– en opinión de Julia Valera «contribuyeron a crear una distinguida identidad social», que al mismo tiempo devaluaba los modos de vida y culturas de los grupos calificados de vulgares. El aprendizaje sistematizado de estas reglas, prohibiciones y tabúes, se tradujo «en aspectos de autocontrol que actuaron de una forma inconsciente y automática y dieron a los individuos una nueva identidad», la del individuo singular y autónomo, que se desliga del nosotros; y condujo también a una nueva situación: la lenta invasión por el poder del ámbito privado, al que se le trasladan las normas sociales ideadas para someter al orden social instituido el comportamiento y la mentalidad de los individuos; los conflictos y las soluciones que, para lograr este objetivo pacificador, antes se solventaban en el espacio público, se transfieren a la esfera privada, al interior de los individuos: «El control emocional, el dominio sobre los sentimientos, la disciplina de las “funciones naturales”, transfirió al interior de los sujetos las luchas y los conflictos que, en otras épocas históricas se dirimieron en el ámbito social. Las tensiones se desplazaron aún más desde el ámbito social, más dominado que nunca por el Estado, al espacio íntimo vaciado cada vez más de cualquier significado».⁴⁶

La descentralización foucaultiana del concepto del poder, el entendimiento de la política como «un lugar de gestión de lo social y de lo económico»,⁴⁷ y el protagonismo del ser humano allá donde se escriba su destino, explican que la nueva historia de lo político no sea ajena a los discursos y proyectos del poder, a su organización, a los grupos que lo disputan y sus formas de relacionarse en la trama del poder, a las personas, grupos y clases sociales que en él intervienen, a las formas de testimoniarlo, a las prácticas con las que se ejerce y a los mecanismos de transmisión,⁴⁸ a los canales en los que se produce, ya sean institucionales o informales,⁴⁹ a la dimensión simbólica de la práctica del poder, a los espacios de sociabilidad, a los utillajes de participación en

⁴⁶ VALERA, Julia. «Conocimiento, poder y subjetivación en las instituciones educativas. Sobre las potencialidades del método genealógico en el análisis de la educación formal e informal», РОРКЕВИТЦ, Thomas S.; FRANKLIN, Barry M.; PEREYRA, Miguel Ángel (Ed.). *Historia cultural y educación. Ensayos críticos sobre conocimiento y escolarización*. Barcelona: Pomares, 2003, p. 138-139.

⁴⁷ «Introduction», RÉMOND, René (dir.). *Pour une histoire politique*. Op. cit., p. 8.

⁴⁸ DE LOS ARCOS, M^a Fernanda. «El ámbito de la nueva historia política: una propuesta de globalización», *Historia Contemporánea*, 9 (1993), p. 44-46.

⁴⁹ Cfr. GUERRA, François Xavier. «Hacia una nueva historia política. Actores sociales y actores políticos», *Anuario del IEHS*, IV (1989), p. 243-284.

el poder, etc. Para unos, la lucha por el poder comprende tanto las acciones encaminadas a conseguirlo (elecciones, guerras, revoluciones, etc.), como los actores (grupos dirigentes, clases dominantes), estructura y valores que el poder establecido promueve para mantenerlo.⁵⁰ Para otros, si lo político estudia las relaciones del ser humano con el poder, siendo este y sus manifestaciones o aspectos simbólicos su objeto fundamental, la historia de lo político no se detiene en un solo campo de la realidad social –como puede ser la economía– sino que recorre las diversas e interdependientes prácticas humanas a las que les preocupa el problema del poder en su dimensión pública. Poder económico sí, pero también el poder ideológico y el poder de lo imaginario, como expresó Le Goff,⁵¹ idea que exploró Georges Duby en su libro *Los tres órdenes o lo imaginario del feudalismo*, donde emplea la categoría «ideología» como sistema de representaciones y su papel en el mantenimiento del poder.⁵²

Como expresiones del poder, de su conquista y su mantenimiento, entre los temas de atención de la historia de lo político se encuentran la acción política misma, las instituciones políticas, las relaciones sociales de poder ampliamente consideradas, y, más concretamente, la conformación de la nación, los símbolos de las prácticas políticas, como los espacios de sociabilidad, los ritos, los discursos políticos, la construcción de la identidad colectiva y de la ciudadanía, las prácticas electorales, las formas de participación política, el lenguaje político, los símbolos del poder, las imágenes y emblemas, las manifestaciones políticas de la calle, el papel de las fuerzas externas, del poder político y financiero, el debate político, la demografía, las clases sociales, la evolución económica, la transformación de trabajo, del ocio, los cambios raciales, sexuales, familiares, generacionales, las variaciones en el estado de ánimo público o la psicología social, etc. No se agotan en estos los objetos de estudio que aborda la historia de lo político, como se irá viendo.

⁵⁰ DE LOS ARCOS, M^a Fernanda. *Op. cit.*, p. 49-50.

⁵¹ LE GOFF, Jacques. «Les Retours dans l'historiographie». *Op. cit.*, p. 158.

⁵² «La ideología es para G. Duby, siguiendo la definición de Althusser: "Un sistema (que posee un rigor y una lógica propios) de representaciones (imágenes, mitos, ideas o conceptos según los casos) dotado de una existencia y de una función histórica en el seno de una sociedad dada"». *Cfr.* FIRPO, Arturo R. «Presentación», DUBY, Georges. *Los tres órdenes o lo imaginario del feudalismo*. Barcelona: Ediciones Petrel, 1980, p. iv.

5. LA POLÍTICA MEDIADA POR LA CULTURA

Antes dijimos que el territorio de la historia política se ha expandido en todas las direcciones; una de ellas, y fundamental, es la historia de la cultura política, la cual, en opinión de Jean-François Sirinelli, es la que mejor expresa la novedad de la historia política y la que visualiza mejor el deslizamiento de la nueva historia política hacia la historia cultural,⁵³ como se podrá comprobar por los temas que estudia. Serge Berstein comparte la afirmación de Sirinelli: «la evocación de la cultura política se inserta en la renovación de la historia política llevada a cabo bajo la inspiración de René Rémond (...)».⁵⁴ Indudablemente, la relación de la historia política con la cultura política está en relación con los innegables fundamentos culturales que tienen lo político y la política. Hasta tal punto la historia política se nutre de la cultura, que unos –Geertz– creen ver en el reconocimiento de la cultura un factor determinante en el comportamiento político, y otros piensan que la acción política, aunque no esté culturalmente determinada, sí está mediada por la cultura, y que son los componentes de esta, como la tradición, los que hacen conscientes a los individuos de su condición de sujetos políticos: «Los sujetos políticos están ya dados en la estructura social –como ocurre, por ejemplo, con las clases– pero se constituyen como tales en la esfera cultural», afirma Miguel Ángel Cabrera. La acción política de los individuos no está, pues, socialmente prefijada, «sino que depende de la matriz cultural en que estos se han forjado»; de ahí que la cultura política pretenda analizar el papel de la esfera cultural en la conformación de la acción política.⁵⁵

Pero, a pesar de que se advierte de su imprecisión conceptual ¿en qué se concreta el concepto cultura política? Su caracterización primera se inició con el paradigma pluralista, representado por Almond y Verba,⁵⁶ apoyado en los postulados de Talcott Parsons sobre la importancia de los valores como fundamento de la acción social. «La cultura política de una sociedad consiste

⁵³ Cfr. SIRINELLI, Jean-François. «El retorno de lo político». *Op. cit.*, p. 30-33. Véase del mismo autor: «De la demeure à l'agora. Pour une histoire culturelle du politique», *Vingtième Siècle. Revue d'histoire*, 57/1 (1998), p. 121-131.

⁵⁴ BERSTEIN, Serge. «La cultura política», RIOUX, Jean-Pierre y SIRINELLI, Jean-François (dir.). *Para una historia cultural*. México: Taurus, 1999, p. 389.

⁵⁵ CABRERA, Miguel Ángel. «La investigación histórica y el concepto de cultura política», PÉREZ LEDESMA, Manuel; SIERRA, María (eds.). *Culturas políticas: teoría e historia*. Zaragoza: Institución Fernando el Católico. 2010, p. 59-60.

⁵⁶ ALMOND, Gabriel; VERBA, Sydney. *The Civic Culture: Political Attitudes and Democracy in Five Nations*. Princeton: Princeton University Press, 1963.

–en opinión de Sidney Verba– en el sistema de creencias empíricas, símbolos expresivos y valores, que definen la situación dentro de la cual se da la acción política. Proporciona la orientación subjetiva de la política». ⁵⁷ Almond y Verba caracterizaron la cultura política como los sentimientos subjetivos, actitudes y consiguientes acciones de los individuos hacia los asuntos políticos; creyeron que así se caracterizaban las orientaciones políticas individuales y colectivas, o sea, los valores, en un sistema político. De este modo, la cultura política estaría destinada a consolidar las actitudes políticas y los factores psicológicos subyacentes (valores, creencias, sentimientos, afectos, predisposiciones, etc.) llamados a configurar la vida cívica y la conducta política, en función de las cuales se explicaba la estabilidad o inestabilidad social y democrática, así como el mantenimiento del orden político. ⁵⁸ Así, pues, «se trata no de lo que ocurre efectivamente en el mundo de la política, sino de lo que las gentes creen de eso que ocurre». ⁵⁹

Creo, sin demasiados reparos, que se puede caracterizar la cultura política como el conjunto de significados, códigos o representaciones de la vida política que un grupo social comparte y en los que se reconoce y se esfuerza por transmitir. Más expresivo y sugerente para el historiador de la educación, es Serge Berstein cuando define con Sirinelli la cultura política como «una especie de código y de un conjunto de referentes formalizados dentro de un partido o más ampliamente difusos en el interior de una familia o de una tradición políticas», ⁶⁰ definición en la que destaca la pluralidad de culturas políticas y la importancia de las representaciones ⁶¹ (recuerdos históricos, héroes, textos fundamentales, banderas, fiestas, vocabulario, ritos en los que se incluye la sociabilidad, aunque ésta no tiene que ser necesariamente ritualizada). ⁶² Los cambios sociopolíticos se explicarán, pues, en función no

⁵⁷ VERBA, Sidney. «El estudio de la ciencia política desde la cultura política», *Revista de Estudios Políticos*, 138 (1964), p. 5.

⁵⁸ Cfr. ROSENBAUM, Walter A. *Political Culture*. Nueva York: Praeger, 1975, p. 4 y 6.

⁵⁹ VERBA, Sidney. *Op. cit.*, p. 7.

⁶⁰ BERSTEIN, Serge. *Op. cit.*, p. 390.

⁶¹ Duby, define las representaciones como «un sistema completo de valores y mitos que también deben reconocerse y situarse en su justo espacio, según el poder que ejerce cada uno de ellos sobre el comportamiento de los grupos y según los percibe, de manera más o menos clara, la conciencia colectiva. (...) No se puede negar que las representaciones colectivas, las opiniones, los valores morales y toda la herramienta de la que la conciencia humana dispone, son arrastrados, de generación en generación, por un flujo perturbador». DUBY, Georges. «La historia cultural», RIOUX, Jean-Pierre ; SIRINELLI, Jean-François. *Op. cit.*, p. 452.

⁶² Caracterización que comparte Jean-François SIRINELLI en «El retorno de lo político». *Op. cit.*, p. 30-31.

sólo de los valores, percepciones o ideas políticas, sino también teniendo en cuenta los aspectos culturales. Sin detenernos en la crítica que, desde la sociología histórica, se hizo a la definición de Aldmond y Verba,⁶³ al historiador de la educación sí le interesa conocer esos valores, actitudes y orientaciones, porque dicen mucho sobre la cohesión social y política en un momento dado de la historia. También le concierne, en todo caso, la corriente interpretativista propuesta por el antropólogo Clifford Geertz que no entiende la cultura como sistema de valores, creencias y actitudes, sino como un concepto semiótico, un sistema de significados, de textos, de símbolos: «Creyendo con Max Weber que el hombre es un animal inserto en tramas de significación que él mismo ha tejido, considero que la cultura es esa urdimbre y que el análisis de la cultura ha de ser, por lo tanto, no una ciencia experimental en busca de leyes, sino una ciencia interpretativa en busca de significaciones. Lo que busco es la explicación, interpretando expresiones sociales que son enigmáticas en su superficie».⁶⁴

Para Geertz, que parte del supuesto de que el pensamiento humano es fundamentalmente social y público, la cultura es un sistema de símbolos (visiones del mundo, gestos, lenguajes, rituales, ceremonias, mitos...) dados por la sociedad en que se vive y, por tanto, compartidos y aprendidos, en virtud de los cuales las personas se dotan de un marco significativo que les permite orientarse en sus relaciones con los demás y consigo mismas y dar sentido a sus acciones. «El objeto de la investigación –interpreta Cabrera– no es ya conocer los sistemas de valores de la comunidad política, sino reconstruir los marcos culturales de que se sirven los actores políticos y recuperar los significados que estos últimos otorgan a la realidad política, al lugar que ocupan en ella y a sus propias acciones y objetivos».⁶⁵

Pero la evolución del concepto de cultura política (y creo que es aquí donde reside su principal novedad e interés para la historia política, pues la inserta en la duración histórica) ha recibido influencias que van desde la antropología hasta la lingüística, lo que la ha llevado a interesarse por fenómenos que tienen

⁶³ Es especialmente contundente la crítica de Margaret Somers, que despoja al concepto cultura política precisamente de esas características, la cultural y la política, afirmando que es más social que cultural y más antipolítico (privado) que político (público y común). Vid. SOMERS, Margaret R. «¿Qué hay de político o de cultural en la nueva cultura política y en la esfera pública? Hacia una sociología histórica de la formación de conceptos», *Zona Abierta*, 77-78 (1996-1997), p. 39-51, inicialmente publicado en *Sociological Theory*, 13 (1995), p. 113-142.

⁶⁴ GEERTZ, Clifford. *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa, 2003, p. 20.

⁶⁵ CABRERA, Miguel Ángel. *Op. cit.*, p. 31.

que ver con la cultura política, como los imaginarios y las representaciones sociales (por ejemplo, la percepción que los distintos grupos sociales tienen de ellos o de los problemas sociales y sus fundamentos), o el análisis de prácticas, actividades e ideas políticas vistas como sistemas simbólicos con su propia lógica, lo que establece estrechas conexiones entre la nueva cultura política y la nueva historia cultural. Esta aproximación es atractiva porque, como decimos, en ella el tiempo político se alarga hasta sobrepasar la media y la larga duración históricas, evitando así los viejos reproches de una historia política centrada en el tiempo corto.

Aún siendo la larga duración una esperada aportación de la cultura política —que ha actuado «como un auténtico motor de renovación de la historia política», en opinión de Cabrera, contribuyendo «a renovar su perspectiva teórica, a redefinir su objeto de estudio y a proporcionarle un nuevo programa de investigación»—, creo que hay otra fundamental que señala este mismo profesor, y que a nuestro entender es, quizá, el resultado principal de la influencia de la cultura política: el haber reformulado la acción humana, negándole la exclusividad autonómica de su racionalidad para contemplar también el condicionamiento cultural: el marco cultural condiciona la acción política.⁶⁶ Cuando menos, el sistema de representaciones culturales compartidas por un grupo humano hace comprensible las motivaciones de su actuación política.

La cultura política es también examinada en su relación con el poder, ya sea como discurso ya sea como técnica de poder; y, en tanto que tales, es objeto de interés para unos grupos o clases sociales, y para otros lo es de rechazo y resistencia. Si la cultura política es vista como un conjunto de representaciones compartidas, puede mostrar una determinada forma de entender la realidad y de darle sentido; así, la cultura política puede comunicar lo que es un buen ciudadano o una buena sociedad, lo que la convierte en un instrumento de poder.⁶⁷ Indudablemente, la cultura política, por el interés que tiene para el poder —en relación con el cual existe fundamentalmente—, en tanto que forja identidades y crea o inventa tradiciones,⁶⁸ está llamada a ser

⁶⁶ *Ibíd.*, p. 32.

⁶⁷ MORÁN, M^a Luz. «Sociedad, cultura y política: continuidad y novedad en el análisis cultural», *Zona Abierta*, 77-78 (1996-1997), p. 108 y 110.

⁶⁸ Peter Burke recuerda que las *Comunidades imaginadas* de Benedict ANDERSON y *La invención de la tradición* de HOBBSBAWM y RANGER, han señalado el «poder de la imaginación colectiva, o de las imágenes compartidas, a la hora de hacer que sucedan las cosas». BURKE, Peter. *¿Qué es la historia cultural?* Barcelona: Paidós, 2006, p. 108.

transmitida, una actividad ésta en la que juegan un papel esencial las formas de sociabilidad, institucionalizadas o no, y las instituciones educativas. En este sentido la cultura política proporciona a la historia política de la educación temas sugestivos y utilísimos materiales para la comprensión de las relaciones de poder en las que se inserta.

6. TEMAS DE LA HISTORIA POLÍTICA RENOVADA

Decía en páginas anteriores que el campo de estudio de la historia política renovada se ha ensanchado sobremanera al verse concernida por la misma política cuya naturaleza, para quien fuera primer ministro británico, Harold Macmillan, podría abarcar temas que van «from homosexuality to the price of milk». ⁶⁹ La caracterización que de la historia política hemos hecho en las páginas precedentes, puede anticipar los temas que le afectan, cuya total extensión es imposible, lógicamente, recoger aquí.

El territorio de la historia política se ha expandido, pues, en todas las direcciones, imbricándose estrechamente con las demás ciencias sociales, componiendo un potencial cosmos temático que, acorde a la diversidad que conlleva su toma de conciencia sobre la complejidad de lo real, exige también una aproximación diversa a la investigación de lo político, un análisis poliédrico desde el punto de vista disciplinar, en el que confluyen la ciencia política, la antropología, la lingüística, la historia económica y social, la intelectual y la de las ideas, la historia de la cultura, la cultura política, la psicología, la historia de la educación, etc.

La nueva historia política no ignora los objetos de estudio de la antigua, al contrario, sigue abordándolos, aunque con nuevos enfoques; así, en la dedicación de los historiadores de lo político están presentes los sujetos que protagonizan la política convencional, las ideas políticas, la competencia partidaria y los escenarios y espacios donde acontece: el Estado, los partidos políticos, las instituciones, los poderes políticos, económicos y sociales, ya sean nacionales o supranacionales, los movimientos sociales, los grupos de presión, los sistemas políticos, los actos de gobierno, las biografías políticas, las acciones configuradoras de identidad política, los actos de violencia (guerras, revoluciones, etc.), las clases sociales, las normas y leyes que ordenan

⁶⁹ CATTERALL, Peter (ed). *The MacMillan Diaries. The Cabinet Years, 1950-1957*. London: Macmillan, 2003, p. 300. Citado en FIELDING, Steven. «Political history». *Op. cit.*

una sociedad, las prácticas de participación política (elecciones...), el debate político o la ausencia del mismo, la agitación social, las manifestaciones políticas de calle, etc.

Pero la historia política renovada indaga en otros territorios antes impensados, fruto no ya de la política y de la competencia partidaria, sino de lo político, más concernido por la vida social, que podemos caracterizar como aquellos temas que conforman el proceso por el que los grupos humanos se constituyen en comunidad y donde se entrelazan las vidas de los hombres y mujeres en ese proceso de construcción social; así, estudia los principios (valores, creencias, representaciones...) y los procedimientos por los que los grupos fundan su vida en comunidad, la igualdad, soberanía, representación, civilidad, justicia, pueblo, democracia, identidad, nación, sociabilidad. Investiga la conformación de la nación, los símbolos de las prácticas políticas, los espacios de sociabilidad, las asociaciones políticas, la construcción de la identidad colectiva y de la ciudadanía, el lenguaje político, sus contradicciones y su evolución, las fiestas conmemorativas, etc.

Entre esos terrenos antes insospechados en los que ahora se adentra la nueva historia política ocupa también un lugar señalado la cultura política, ámbito por excelencia de la subjetividad y de la conciencia, que estudia los valores, creencias, sentimientos subjetivos, orientación política, actitudes, afectos, significados, códigos, representaciones políticas, ritos, símbolos, imágenes y emblemas, recuerdos históricos, héroes nacionales, textos fundamentales, prácticas simbólicas (imagería, lenguajes, gestos...), mitos fundacionales, banderas, himnos, visiones del mundo y de la sociedad ideal, imaginarios, medios de socialización de la cultura política, dispositivos culturales que median en la acción política de las personas (tradiciones, vocabulario...), la opinión pública, el imaginario colectivo, la dimensión simbólica de la política, los patrones conceptuales, las emociones, los principios culturales generales, la memoria, etc.

La historia política de la educación, tributaria de la historia política, está siguiendo con éxito notorio el progreso de esta, demostrando la actualidad de esta renovación historiográfica. Aunque no podemos dejar constancia de ello, ni siquiera con trazo grueso, nos limitaremos a enunciar solo algunos ejemplos de la actual historia política de la educación española, referidos al Estado y la construcción de los sistemas nacionales, a la nueva biografía y a la cultura política.⁷⁰

⁷⁰ Más información al respecto en FERNÁNDEZ-SORIA, Juan Manuel. «La nueva historia política de la educación», *Historia de la Educación. Revista interuniversitaria*, 25 (2006), p. 71-103, del que se toma parte de lo que sigue.

El Estado contemporáneo, a pesar del protagonismo historiográfico de los estudios locales y regionales, ocupa la atención de los historiadores alejados de la concepción estatista –separada de la sociedad– como categoría de análisis desde la que se percibía la política, para ser visto ahora el Estado a la vez como problema y producto de una elaboración social.⁷¹ Desde este cambio de paradigma se le investiga como hacedor de nación, creador de modernidad o fomentador de derechos y libertades. Aunque la historia política de la educación ha abordado el estudio del Estado considerando estas últimas funciones que suponen cuestiones controvertidas de las políticas educativas,⁷² sin embargo es sobre todo su función productora de nación y creadora de identidad la que ha concitado mayores esfuerzos investigadores dentro y fuera de España. Sería preciso otro espacio más amplio que este para glosar los muchos estudios acerca de un campo de investigación en auge desde hace años, la construcción de los sistemas educativos nacionales en general y español en particular,⁷³ y sobre los medios de los que se vale el Estado para ello, especialmente la enseñanza de la historia⁷⁴ y la política cultural emprendida o auspiciada por el Estado.⁷⁵ Esa misma imposibilidad apreciamos para dar cuenta de los trabajos que hablan de nuevas identidades y nuevas naciones o de nuevas naciones que buscan identidad, porque ya se sabe que la educación siempre ha sido susceptible de ser convocada para crear nuevos imaginarios nacionalistas. De modo que es posible afirmar que la historia de las instituciones educativas, de manera especial la que tiene al Estado-nación y sus políticas como centro de sus indagaciones, está conociendo un renovado interés entre la comunidad española de historiadores de la educación.

⁷¹ SCHAUB, Jean-Frédéric. «L'histoire politique sans l'état: mutations et reformulations», BARROS, Carlos (Ed.). *La Historia a Debate... Op. cit.*, p. 221.

⁷² Una narración en clave histórica de algunos de los temas-guía de la política educativa puede hallarse en FERNÁNDEZ-SORIA, Juan Manuel. *Estado y educación en la España contemporánea*. Madrid: Síntesis, 2002.

⁷³ Un ejemplo en PUELLES, Manuel de. *Estado y educación en la España liberal (1800-1857). Un sistema educativo nacional frustrado*. Barcelona: Pomares, 2004.

⁷⁴ La relación sería inabarcable para este espacio; sin embargo, remito al lector a los libros de BOYD, Carolyn P. *Historia Patria. Política, historia e identidad nacional en España, 1875-1975*. Barcelona: Pomares-Corredor, 2000; de CUESTA, Raimundo. *Sociogénesis de una disciplina escolar: la Historia*. Barcelona: Pomares-Corredor, 1997; y de DEL POZO, M^a del Mar. *Currículo e identidad nacional: regeneracionismos, nacionalismo y escuela pública, 1890-1939*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2000.

⁷⁵ La difusión de la cultura como instrumento de construcción de ciudadanía la aborda, entre otros, HOLGUÍN, Sandie. *República de ciudadanos. Cultura e identidad nacional en la España republicana*. Barcelona: Crítica, 2003.

La rehumanización y antropologización del conocimiento histórico ha impulsado el cultivo de las diversas «escrituras del yo», relatos de vida, diarios, autobiografías, biografías, «egodocumentos». La biografía aparece reivindicada, reconociendo que el factor humano es capaz de dar un giro insospechado a la historia o a la política. El interés por introducir la singularidad en las ciencias sociales, la preocupación por rehabilitar al individuo en la historia, y el influjo de la psicología y la antropología, favorecen la aparición de la nueva biografía que, sin abandonar el estudio de los «grandes personajes», descubre el valor de las gentes «sin importancia». El propósito de este resurgimiento es, sobre todo, observar los problemas y preocupaciones históricas en un hombre o en una mujer concretos, para mirar a través del tiempo de una vida –unidad de medida significativa de la duración histórica– los grandes movimientos de la historia política, económica, social, cultural o de las mentalidades, sin reducirlos a fenómenos cuantitativos «donde se perdería lo que hace la autenticidad y el sentido de un personaje en historia».⁷⁶ Por medio de la biografía es posible ver de manera diferente, por huellas o restos de naturaleza diversa que corresponden a la vida del individuo anónimo o poco conocido, fragmentos del pasado que, de otra manera, quedarían ocultos o carentes de esa otra forma de verlos que proporciona una persona.⁷⁷ Sin embargo, la nueva biografía dirige sus esfuerzos «a delimitar mejor la historia colectiva mediante el esclarecimiento de una historia singular»,⁷⁸ porque más que la vida del biografiado importa su relación con el contexto.

Es indiscutible el auge que ha alcanzado la biografía. Un resurgimiento que ha llegado también al ámbito de la historia de la educación desde el que en los últimos años se ha cultivado este género con éxito destacado, como lo prueban las reuniones científicas sobre este tópico⁷⁹ y el importante trabajo biográfico realizado sobre figuras-cumbre de la pedagogía: Giner, Cossío, Mariano Carderera, Rodolfo Llopis, José María Blanco White, María de Maeztu, Luís de Zulueta, Herminio Almendros, María Moliner, Teresa

⁷⁶ LE GOFF, Jacques. «Les Retours dans l'historiographie». *Op. cit.*, p. 162-163.

⁷⁷ RUIZ, Pedro. «La biografía y los personajes olvidados por la historia», HERNÁNDEZ-SANDOICA, Elena; LANGA, Alicia (eds.). *Sobre la Historia actual. Entre política y cultura*. Madrid: Abada Ediciones, 2005, p. 169.

⁷⁸ BALMAND, Pascal. «La renovación de la historiografía política». *Op. cit.*, p. 261.

⁷⁹ El tema de la cuarta edición del *Encuentro Hispano-Británico de Historia de la Educación, organizadas en la Facultad de Educación de la Universidad de La Laguna (Tenerife) en junio de 2017, fue «Biografía, Historia y Educación».*

Andrés, etc.⁸⁰ Acompañando a esta aportación de la historia educativa al género biográfico, aparece otra, también innovadora, y ligada a la historia local o regional, que da a conocer la vida de la llamada «gente poco importante», profesores, maestros y maestras más o menos conocidos, cuya dedicación al progreso de la educación y la pedagogía ha merecido la atención de sus coterráneos. No es posible dar la noticia bibliográfica de todos ellos, lo que evidencia la dedicación historiográfico-educativa a este género. Y junto a estos sujetos singulares, la historia educativa española se ha introducido también en la prosopografía –biografía de un colectivo, por ejemplo, una profesión, que permite conocer su actuación en una época o en una circunstancia dada– de la mano de estudiosos de la renovación pedagógica⁸¹ y del exilio republicano, algunos de los cuales⁸² permiten establecer tipologías sociológicas generales de los maestros exiliados, su formación previa al exilio y recomponer el itinerario seguido por estos maestros. Labor de prosopografía es también la emprendida por las cada vez más numerosas investigaciones sobre los maestros, profesores e investigadores⁸³ depurados, actores colectivos, cuyo estudio conjunto de sus vidas, permite extraer características comunes a su proceso.⁸⁴ Otras veces son las narraciones vitales de un grupo de maestros unidos por la característica compartida de la renovación pedagógica que las vertebra, las que dan lugar a una especie de biografía común.⁸⁵ El valor de la biografía individual o colectiva, de personas destacadas o comunes, es fundamental para percibir aspectos no desvelados de los protagonistas del acontecer histórico, su consciencia y

⁸⁰ Solo mencionaré dos recientes publicaciones sobre estas dos últimas mujeres: FUENTE, Inmaculada de la. *El exilio interior. La vida de María Moliner*. Madrid: Turner, 2011 y GÓMEZ, ANTONIO. *Teresa Andrés. Biografía*. Valencia: Publicaciones de la Universidad de Valencia, 2011.

⁸¹ MAYORDOMO, Alejandro; AGULLÓ, M^a Carmen. *La renovació pedagògica al País Valencià*. Valencia: Universitat de València, 2004; SOLER, Joan (coord.). *Vint mestres i pedagogues catalanes del segle XX. Un segle de renovació pedagògica a Catalunya*. Barcelona: Rosa Sensat, 2015; RAMOS, Alfred. *Mestres de la impremta. El moviment Freinet valencià (1931-1939)*. Castellón: Universitat Jaume I, 2014.

⁸² Como es el caso de MARQUÈS, Salomó. *Maestros catalanes del exilio*. México: Colegio de Jalisco; Generalitat de Catalunya, 2003.

⁸³ Una reciente aportación sobre este colectivo, el menos estudiado hasta el momento, la firman CANALES, ANTONIO FRANCISCO; GÓMEZ-RODRÍGUEZ, Amparo. «La depuración franquista de la Junta para la Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas (JAE): una aproximación cuantitativa», *Dynamis*, 37/2 (2017), p. 459-488

⁸⁴ Lawrence Stone define la prosopografía como «la investigación retrospectiva de las características comunes a un grupo de protagonistas históricos, mediante un estudio colectivo de sus vidas». *Cfr.* STONE, Lawrence. *El pasado y el presente*. México: FCE, 1986, p. 61.

⁸⁵ MESTRAS, Lluís María. *Mestres d'aquell temps*. Girona: Universitat de Girona, 1999. Este libro reúne un total de 42 biografías de maestros de la renovación pedagógica catalana.

personalidad, sus ideas y pautas morales, sus sentimientos, la autopercepción que tienen de su posición en la sociedad de la que forman parte. Acceder a este conocimiento equivale en buena medida a acercarnos al imaginario y a la mentalidad de la sociedad en la que una persona se integra, a las referencias que esa individualidad tiene del colectivo social, lo cual se convierte en un conocimiento necesario para el historiador si quiere medir a esa sociedad con los patrones de quienes la componen y no con los de nuestra época.⁸⁶ Conociendo la vida de «gente poco importante» el historiador recibirá noticia de cómo se perciben, socializan, apropian o rechazan determinadas decisiones y acciones políticas, cómo se instalan en el imaginario colectivo o cómo éste les presenta manifiesta u oculta resistencia.

Además de los temas que, como los recién descritos, podrían situarse en el ámbito de la historia política, se cultivan otros ubicados en el de la historia de lo político, a pesar de la ósmosis que se produce entre ambos territorios; con todo, la cultura política es uno de esos campos de estudio que situamos más en lo político que en la política. Indudablemente la cultura política está llamada a ser transmitida, una actividad en la que juegan un papel esencial las formas de sociabilidad, institucionalizadas o no, y las instituciones educativas. Las formas de sociabilidad, es decir, «los lugares, razones y maneras de congregarse los hombres, ya sean éstas informales o formalizadas, públicas o privadas, compuestas por miembros de un solo sexo o mixtas», constituyen el marco donde se evidencia mejor el proceso de aprendizaje de lo político, que acontece tanto en lugares de sociabilidad informales (tertulias, tabernas, romerías...) como formalizados (sociedades económicas o patrióticas, cofradías, logias masónicas, círculos obreros y mercantiles, ateneos, casinos, partidos, sindicatos, cooperativas, asociaciones filantrópicas de todo tipo, de ayuda mutua, de lectura, musicales, de beneficencia, etc.).⁸⁷ Las redes de sociabilidad han sido objeto de una dedicación extensa entre los historiadores como muestran las muchas investigaciones que sobre estos lugares se han dado a conocer, desde las que han tenido como objeto de estudio las sociedades educativas y culturales, las bibliotecas populares y de centros obreros –sobre los que se han publicado numerosas investigaciones–,⁸⁸ hasta las Sociedades

⁸⁶ Vid. COLOMER, Francisca. «Biografía y cambio social: la historia que estamos viviendo», BARROS, Carlos (Ed.). *Historia a debate... Op. cit.*, p. 169-170.

⁸⁷ GUERRA, François-Xavier. «El renacer de la historia política». *Op. cit.*, p. 239.

⁸⁸ Es mucha la producción al respecto, que puede verse, por ejemplo, en ESCOLANO, Agustín (Dir.). *Leer y escribir en España. Doscientos años de alfabetización*. Madrid: Fundación Germán Sánchez Ruipérez,

Económicas de Amigos del País y Ateneos, por ejemplo,⁸⁹ aunque a menudo se hayan hecho más con el fin de biografiar estas instituciones que con el propósito de estudiar las prácticas culturales de sociabilidad desarrolladas en ellas; no obstante, en algunas investigaciones es ya visible un giro en la forma de historiar estas agencias de sociabilidad acorde con la indagación en las prácticas cotidianas de socialización que aseguran la cohesión del grupo, el sentimiento de pertenencia a él de sus miembros y la conformación de los procesos de identidad del grupo.⁹⁰

Por otro lado, resulta innecesario señalar a las instituciones escolares como instancias de transmisión de la cultura política. No insistiremos en esta línea de trabajo⁹¹ que, por lo demás, está dando provechosos resultados, sobre todo desde la manualística –en cuya génesis, control y difusión confluyen las motivaciones pedagógicas y políticas; desde el punto de vista político interesaba transmitir, y controlar que así fuera, los valores que habían de conformar al futuro ciudadano–,⁹² aunque también desde otras líneas novedosas de estudio como la que supone indagar en las distintas concepciones del espacio escolar como creadoras de valores políticos y ciudadanos.

1992. No obstante, reflejo aquí el catálogo de la exposición bibliográfica comisariada por MATO, Ángel. *Las bibliotecas populares en Asturias. A la cultura por la lectura 1869-1936*. Gijón: Consejería de Cultura, Comunicación Social y Turismo del Gobierno del Principado de Asturias. 2004. Aunque habla de bibliotecas de otro tipo, es destacable otro catálogo, el de la exposición *Leyendo Madrid: Cien años de bibliotecas Públicas*. Madrid: Dirección General de Patrimonio Cultural. Subdirección General del Libro. 2015.

⁸⁹ Es considerable el número de estudios sobre los Ateneos, ya sean expresión de la burguesía ya del movimiento obrero. El último del que tenemos noticia es debido a ALBALADEJO, Jordi. *Associacionisme educatiu i cultural. L'Ateneu Obrer i el Círcol Catòlic de Badalona (1879-1936)*. Catarroja (Valencia): Edit. Afers, 2017

⁹⁰ Sendas investigaciones de Javier NAVARRO siguen este enfoque: *Ateneos y grupos ácratas. Vida y actividad cultural de las asociaciones anarquistas valencianas durante la Segunda República y la Guerra Civil*. Valencia: Universitat de València, 2002, y *A la revolución por la cultura. Prácticas culturales y sociabilidad libertarias en el País Valenciano, 1931-1939*. Valencia: Universitat de Valencia, 2004.

⁹¹ A modo de ejemplo, sendas referencias: el libro de MAYORDOMO, Alejandro; FERNÁNDEZ-SORIA, Juan Manuel. *Patriotas y ciudadanos. El aprendizaje cívico y el proyecto de España*. Valencia: Tirant lo Blanch. 2008, donde se indaga el proceso de constitución del ciudadano de una nación y un Estado modernos, y la formación de las cualidades –virtudes cívicas– que debe reunir para alcanzar ese estatus de ciudadanía. Y el texto de CANALES, Antonio; DEL POZO, María del Mar. «Educación, ciudadanía e identidad nacional en la España contemporánea», BARRIO, Ángele, HOYOS, Jorge; SAAVEDRA, Rebeca (Ed.). *Nuevos horizontes del pasado. Culturas políticas, identidades y formas de representación*. Santander: Ediciones Universidad de Cantabria, 2011, p. 233-250, aborda la relación entre ciudadanía, identidad nacional y educación.

⁹² Es cuantiosa la producción sobre los manuales escolares; mencionaré sólo, por su relación con el tema que abordamos, los trabajos contenidos en TIANA, Alejandro. *El libro escolar, reflejo de intenciones políticas e influencias pedagógicas*. Madrid: UNED, 2008.

Pero sabemos que la educación política no tiene lugar sólo desde las instituciones escolares, sino que también se produce desde ámbitos informales, como la literatura popular, donde contamos con aportaciones muy sugerentes que han investigado la difusión de valores y modos de comportamiento deseables en lo social y político.⁹³ Aunque hemos querido ceñirnos al ámbito español, quisiéramos recordar también por sus sugerencias como campo de trabajo de la nueva historia política, estrechamente relacionado con la cultura política que ahora nos ocupa y, en cierto modo, relacionado con lo que acabamos de mencionar, la politización que sufrió la cultura popular, o la extensión que conoció la conciencia política, en la Europa de 1500 a 1800, a través de una serie de huellas que sugieren al historiador otras tantas líneas de investigación. «La educación política del hombre común», refiere Peter Burke,⁹⁴ de la que surgió una opinión pública hacia los asuntos de Estado, se hizo visible a través de una multitud de vestigios todos sugerentes para el estudioso de la historia político-cultural: canciones, grabados, panfletos políticos, medallas, platos con leyendas políticas, efigies de personajes políticos, sátiras, baladas, sermones, periódicos, libretos populares, lecturas colectivas, catecismos, conversaciones de café, almanaques, mítines, rituales políticos, etc.⁹⁵ Lo cual, ciertamente, no hace otra cosa que poner de manifiesto la importancia de lo cultural en el estudio de la historia política: símbolos, mitos, lenguajes, rituales y visiones del mundo, formación de discursos ante los problemas políticos, estrategias de acción para orientar la acción política, el impacto de los recursos culturales y su impacto en la movilización colectiva, el análisis de las formas de movilización y de los procesos de formación de las identidades colectivas, etc., constituyen un variadísimo material para el interesado en el estudio de la historia política.⁹⁶

⁹³ Ana MARTÍNEZ, ha dado a conocer sus estudios sobre el particular en *La ciudadanía imaginada. Modelos de conducta cívica en la novela popular de la segunda mitad del siglo XIX*. Madrid: Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid, 2006.

⁹⁴ BURKE, Peter. *La cultura popular en la Europa moderna*. Madrid: Alianza, 2005, p. 362-275.

⁹⁵ Los recientes estudios entre nosotros sobre la tarjeta postal ilustrada –valioso recurso para la historia de la cultura e instrumento también para comunicar temas de índole política y transmitir determinadas ideas de esa misma condición– señalan la posibilidad de que las tarjetas postales puedan ser así mismo analizadas en la dirección que señala Peter Burke. *Vid.* VIÑAO, Antonio, MARTÍNEZ, María José; MORENO, Pedro Luís. *Tarjeta postal ilustrada y educación*. Murcia: Edit.um, 2016. También en VIÑAO, Antonio; MARTÍNEZ, María José. «Publicidad, marketing e imagen: Representaciones visuales y modernidad escolar a través de las tarjetas postales (España, siglo XX)», MORENO, Pedro Luís; VIÑAO, Antonio (Coord.). *Imagen y educación. Marketing, comercialización y didáctica (España s. XX)*. Barcelona: Morata, 2017, p. 15-38.

⁹⁶ Véase MORÁN, M^a Luz. «Sociedad, cultura y política». *Op. cit.*, p. 16-17 y 25.

Del mismo modo que el poder político intenta apropiarse los medios de transmisión de la cultura política, procurará hacer con la memoria de los hechos sucedidos y con la opinión, tanto privada como pública, generadora de una determinada cultura política. Escribía Pascal Balmand, que un campo especialmente fecundo para la historia política es el que nace de la relación entre memoria, imagen y política.⁹⁷ No me detendré en ello, pero sí recalcaré su potencial carácter como instrumento de dominio en tanto que puede ser manipulada al servicio de intereses partidistas o utilizada para alimentar ilusiones.⁹⁸ Es evidente la existencia de una política de la memoria y del olvido, porque ambos, memoria y olvido, tienen mucho que ver con la constitución de la identidad personal y colectiva, y ello, sobre todo, porque la memoria –como representación del pasado, como conjunto de experiencias vividas en común por un grupo social– es fuente de identidad y de cohesión social y confiere sentido de pertenencia a una comunidad a la que vertebra. No en vano lo que hace que una colectividad se reconozca como tal, es decir, aquello que comparten sus miembros y que la identifica (etnia, religión, cultura...), es tenido muy en cuenta por los nacionalismos. Por esto se reclama también la recuperación de la memoria, y por eso mismo el empeño interesado a lo largo del tiempo de ponerla al servicio de una nueva idea de patria o de nación. Esto explica el interés que ofrece la manipulación de la memoria, la individual y la colectiva, de gobernarla con arreglo a intereses particulares no siempre legítimos. Aunque no solo por eso –pues la memoria tiene también una innegable dimensión de restauración moral– son muchos los historiadores que le han dedicado sus esfuerzos, entre los cuales destacan los historiadores de la educación, cuya producción en este particular territorio es no sólo abundante sino también de gran valía; bastaría para demostrarlo hacer lo que este espacio no nos permite, es decir, dar cuenta de los muchos estudios, tesis doctorales y proyectos de investigación financiados que han abordado la represión de profesores e investigadores y el exilio pedagógico español. La memoria no sólo es un componente de esa «alquimia compleja» que constituye la cultura política, sino también el lugar, en tanto que pasado revisitado, en el que se deposita y transmite esa cultura política. Tal vez fuera esta una de las razones que llevaron a Jean-François Sirinelli a sostener que el renacimiento de la historia política se produciría en realidad si investigaba

⁹⁷ BALMAND, Pascal. «La renovación de la historia política». *Op. cit.*, p. 264.

⁹⁸ DUBY, George. *Diálogo sobre la historia*. Madrid: Alianza editorial, 1988, p. 75.

con provecho la cultura política, el campo de estudio que mejor expresa lo novedoso en la historia política.⁹⁹

7. CONSIDERACIONES FINALES

Esa diversidad temática problematiza la naturaleza misma de la historia política, como advirtió Peter Burke, para quien esa expansión puede abocarla a «una especie de crisis de identidad», pues «si la política está en todas partes, ¿qué necesidad hay de la historia política?»¹⁰⁰ No solo esto; Michel Vovelle alertaba del riesgo de sustituir el «todo social» y económico de ayer, por el «todo político» de hoy, cambiando una hegemonía por otra.¹⁰¹ Incluso se puede correr el riesgo de que lo cultural llegue a restar importancia precisamente a lo político, amenazando al núcleo mismo de la historia política. Y, lo que supondría un lastre para cualquier disciplina científica: aparecer como una especie de «cajón de sastre», donde cabría cualquier tema y modo de abordarlo. No obstante, se ha querido obviar este peligro considerando el estudio del poder y sus manifestaciones como el objeto central de la historia política, pero entendiendo el poder como un asunto social que afecta a los sujetos particulares y colectivos, ya sean sobresalientes o anónimos, y ya sea de una manera consciente o inconsciente. Esto ha llevado a que se considere a la historia política como «histoire carrefour» en expresión de Agulhon, «historia encrucijada» de diversas ciencias sociales, una historia de cruce de caminos que permite comprender mejor la realidad. Pero esta misma complejidad, que para unos es atomización de su objeto de estudio y despoltización de la propia historia política, es para otros muestra evidente de su carácter de ciencia-encuentro y signo inequívoco de su potencialidad como historia total, siempre que, como digo, renuncie a toda pretensión hegemónica en el acercamiento al pasado y parta de la convicción, como hacen los autores del volumen *Pour une histoire politique*, de que «lo cultural, lo económico, lo social, lo político, se influyen mutuamente y de manera desigual según las coyunturas, teniendo

⁹⁹ SIRINELLI, Jean-François. «El retorno de lo político». *Op. cit.*, p. 30-33.

¹⁰⁰ BURKE, Peter. «Obertura: la nueva historia, su pasado y su futuro», BURKE, Peter (Ed.). *Otras formas de hacer historia*. Madrid: Alianza, 1993, p. 12.

¹⁰¹ VOVELLE, Michel. *La découverte de la politique. Géopolitique de la révolution française*. Paris: La Découverte, 1993, p. 22 y 344.

cada uno su vida autónoma y sus propias dinámicas». ¹⁰² De hecho hay quien considera que la propuesta de avanzar en una «historia social de la política» es útil no solo para «comprender mucho mejor los fenómenos estrictamente políticos, sino también para entender con mayor rigor lo social»; ¹⁰³ y son muchos los que creen que los estudios sobre la sociabilidad han impulsado la renovación de la historia política.

Pero esa misma diversidad temática propone a los historiadores de la educación un extenso ámbito de trabajo que, aunque está siendo ampliamente transitado y de manera innovadora como lo muestra la reciente línea de investigación sobre las emociones inserta en el denominado «giro afectivo», ¹⁰⁴ aún tiene mucho camino por recorrer. Solo a modo indicativo, cabría señalar el estudio de las posibilidades que ofrece la historia de las ideas en, por ejemplo, la aculturación política acontecida en las escuelas; la historia de la familia en el ámbito de la sociabilidad; la influencia en la educación de las prácticas de participación política (comicios, clientelas electorales...); la política educativa partidista; la opinión pública, que ilumina las formas de percibir la realidad; las asociaciones políticas, que no sólo presionan sobre el poder y ayudan a estructurar la sociedad sino que también ayudan en la socialización política; el estudio del derecho, ¹⁰⁵ que refleja el modelo social deseado, sanciona las infracciones contra él, modela mentalidades, etc., lo que ha llevado a algunos a proponer su estudio —junto al de la guerra— como ejemplo de historia

¹⁰² «Introduction», RÉMOND, René (dir.). *Pour une histoire politique*. *Op. cit.*, p. 8.

¹⁰³ RIQUEL, Borja de. «Consideraciones sobre la historiografía política de la Restauración», GRANJA, José Luis de la, REIG, Alberto; MIRALLES, Ricardo (eds.). *Tuñón de la Lara y la historiografía española*. Madrid: Siglo XXI, 1999, p. 127.

¹⁰⁴ El tema no es nuevo en el ámbito de la política. La más reciente aportación de la que tengo noticia es la de BISQUERRA, Rafael. *Política y emoción. Aplicaciones de las emociones a la política*. Madrid: Pirámide, 2017, en la que se pregunta por la relación entre política y emoción, para qué sirven las emociones en la política, cómo afectan las emociones a los procesos políticos y sociales y qué podemos aprender de las emociones para gestionar mejor la política y los movimientos sociales. Entre los historiadores españoles de la educación destaca el proyecto de investigación coordinado desde la UNED sobre «La dimensión afectiva de la socialización política. Emociones y sentimientos en los manuales escolares de la Transición democrática española, (2013-2015)», del que ya conocemos algunos resultados, como el trabajo de BEAS, Miguel, GONZÁLEZ, Erika; SALMERÓN, Antonio. «Estudio de las emociones en las consignas de cuadernos españoles. Curso 1964-1965», *Revista de Estudios Sociales* (Colombia), 58 (2016), p. 52-62.

¹⁰⁵ Una contribución a este enfoque es el número 27 (2016) de la revista *Educació i Història* dedicado a la construcción histórica del derecho a la educación en contextos de transición política democrática.

global,¹⁰⁶ la sociología urbana y su incidencia en la planificación escolar,¹⁰⁷ etc.

En definitiva, la historiografía política de la educativa española, desde hace algunos años parece haber advertido la ineficacia del adjetivo «política» y haber apostado por el sustantivo «lo político». Pero este envite precisa ser enriquecido con nuevas aportaciones teóricas y metodológicas –entre ellas es urgente la historia política comparada– que no se limiten a la mera adscripción a las nuevas tendencias, sino que procedan a su análisis y contribuyan a fijar las reglas del juego.

¹⁰⁶ DE LOS ARCOS, M^a Fernanda. *Op. cit.*, p. 54-55.

¹⁰⁷ María del Mar del Pozo investigó las relaciones existentes entre el desarrollo urbanístico y social de Madrid y la implantación y extensión de la escuela pública en las zonas emergentes de la geografía española. *Urbanismo y comunicación. Política educativa y expansión escolar en Madrid 1900-1931*. Alcalá de Henares: Servicio de publicaciones de la Universidad de Alcalá, 1999.